

lógicamente —añade— una *Zellrepublik*. Todas estas expresiones —«*tiers-état* de los múltiples pequeños elementos», «igualdad de derechos», «papel dominante o imperio absoluto», «república celular», etcétera— ¿qué indican? Indudablemente, esto: que para Virchow la consideración del organismo animal superior desde el punto de vista de la teoría celular y la concepción de la sociedad política que él personalmente profesaba —la de un hombre de las barricadas de 1848 más afecto a la reforma constitucional que a la pura revolución social y política— se corresponderían analógicamente entre sí: la *Zellrepublik* del organismo animal sería la democracia jerárquica de las células que lo componen, y la sociedad política, una composición plural y unitaria de individuos-células y estamentos-tejidos; con lo cual la acción política vendría a ser, según una significativa expresión virchowiana, *Medizin im Grossen*, «medicina en gran escala». Ahora bien: todo esto ¿qué es, sino una interpretación personal y situacional de la teoría celular? En la mente de Virchow, y acaso sin él saberlo, su *Zellenlehre* era algo más que una simple construcción científica de intuiciones y conceptos.

Vengamos a un saber más abstracto que la biología y más ajeno, por tanto, a las vicisitudes de la historia: la matemática. ¿Cómo desconocer la conexión entre el cálculo infinitesimal y el espíritu de la época en que Leibniz y Newton lo crearon? En el caso de Leibniz, ¿no es acaso posible establecer una relación entre su idea del conocimiento divino —el «análisis infinito» de la realidad— y su personal concepción del «análisis infinitesimal» como recurso principal para el conocimiento humano del cosmos? Por lo que a nuestro tiempo atañe, no resisto la tentación de copiar el párrafo que un historiador del saber matemático nada «culturalista», E. T. Bell, consagra a la obra de los matemáticos polacos —Chwistek, Lukasiewicz y otros— en el debate entre intuicionistas y formalistas: «La historia se inició —nos dice Bell— al descubrir Guillermo de Occam la lógica de tres valores... Es muy notable el hecho de que una parte de los razonamientos más sutiles de los matemáticos polacos que desarrollaron las lógicas de muchos valores, al igual que los de Occam, se realizaran *sin* símbolos. El matemático corriente que se ve obligado a manejar símbolos para razonar sin contradicciones ve en esta hazaña de Occam y de los lógicos polacos algo casi increíble. Posiblemente en ambos casos la explicación es la misma: varios de los lógicos polacos, al igual que Occam, eran católicos, y sin duda dominaban la difícil técnica de razonar con palabras que suele caracterizar a la formación lógica de los jesuitas o de otras órdenes cató-

licas como parte de una educación liberal» (7). No sé yo la significación que para esos autores polacos pudo tener su obra matemática; pero sí sé que un historiador bien documentado y dispuesto a entenderla con alguna integridad, descubre una conexión de sentido—siquiera sea de carácter formal—entre ella y la situación histórico-cultural de quienes la crearon. Lo cual, apenas será necesario decirlo, había de condicionar de algún modo la idea de esos hombres acerca de la significación de su saber.

El examen detenido de cualquier teoría científica—el darwinismo, el psicoanálisis, los *quanta* o la relatividad—siempre permitirá distinguir en ella su momento interpretativo; unas veces bien perceptible en los documentos originales, y susceptible otras de un lícito rastreo conjetural por parte del historiador. Las preguntas de éste serán, metódica y sucesivamente, estas cinco:

1.<sup>a</sup> ¿Cómo la teoría científica en cuestión se relaciona, dentro de la mente de su autor, con el resto de las teorías científicas entonces vigentes, y por lo tanto con el «todo» de la ciencia? ¿Cómo para Virchow—valga este ejemplo—la teoría celular se relaciona con el evolucionismo biológico, la teoría atómico-molecular, la ciencia de la sociedad, etc.? No sería impropio hablar, en relación con estas preguntas, del aspecto «integrativo» de la interpretación.

2.<sup>a</sup> ¿Cómo el autor de una teoría científica ve y entiende la relación entre ella y el todo de lo real? Con otras palabras: ¿cómo interpreta y concibe la relación entre esa teoría científica y la filosofía?

3.<sup>a</sup> ¿Cuál fue el sentido que para su autor tuvo la teoría científica por él creada? ¿Qué significó en su vida y para su persona?

4.<sup>a</sup> ¿Cómo una determinada teoría científica manifiesta la situación histórica, la situación social, la índole biológica y la condición personal de su creador?

5.<sup>a</sup> ¿Cuál es, para el autor de una teoría científica y para el historiador de ella, la significación de tal teoría en la totalidad de la historia y la vida del hombre?

Con ello aparecen en la estructura de la teoría científica dos elementos nuevos. Hasta ahora, el hombre de ciencia parece haberse limitado a observar y pensar; a primera vista, la intuición directa y experimental, la conceptuación y la construcción no requieren más de la mente humana. Ahora hemos descubierto que el hombre de ciencia, además de observar y pensar, y muchas veces sin él proponérselo ni advertirlo, conjetura y cree, porque la significación del

---

(7) E. T. BELL: *Historia de las matemáticas* (México-Buenos Aires, 1949), páginas 587-588.

saber científico en la vida de quien lo posee y en la total vida del hombre sólo a través de la conjetura y la creencia—cualquiera que ésta sea—puede ser vivida y formulada. Encarnándose, realizándose plenariamente en un hombre, la verdad científica adquiere esa secreta inquietud humana que en ella hay siempre y que la seca prosa de los tratados y los manuales no nos deja percibir.

En toda interpretación hay, según esto, un componente genéricamente humano, dos situacionales y otro personal. El primero consiste en la esencial tendencia del hombre a poner en relación lo que ocasionalmente sabe con el todo de la realidad. Por modo mítico o por modo filosófico, siempre la inteligencia humana se ha visto obligada desde dentro de sí misma a referir intelectualmente «tal» realidad a «la» realidad (8). Los componentes situacionales atañen a la doble situación, histórica y social, del autor en cuestión. Baste un ejemplo: ¿no ha habido un momento en que el fixismo biológico era expresión de una actitud vital «aristocrática» y el evolucionismo signo de una actitud vital «democrática»? (9). Y dentro de los componentes situacionales, el componente personal: el carácter y la genialidad del autor, en cuanto determinantes del contenido, el estilo y la interpretación de su obra; la cautela circunspecta de un Harvey o la osadía entusiasta y polémica de un Haeckel.

No puede extrañar que la historicidad del momento interpretativo del saber suba de punto, en relación con la de los tres anteriores. La temporeidad propia de la interpretación, en efecto, no puede alcanzar el nivel del «siempre». Toda interpretación nace en un «ahora», el correspondiente a la biografía y a la situación del autor, y termina en otro, condicionado por la biografía y la situación del intérprete. Procedente de la historia, muere en la historia. Y así, pensar que el momento interpretativo del saber científico pueda valer «siempre», no es, como en los casos anteriores, una hipótesis, sino una ilusión o una utopía.

V. El contenido del saber científico ¿se agota en sus momentos intuitivo, conceptivo, constructivo e interpretativo? ¿Puede ser agotadoramente referido a la combinación unitaria y más o menos armoniosa de lo que la intuición, la conceptuación, la construcción y la

---

(8) Acerca de la relación entre «talidad», «esencia» y «realidad», véase *Sobre la esencia*, de XAVIER ZUBIRI (Madrid, 1962).

(9) Este ingrediente histórico y social de la interpretación tiene un reverso negativo, constituido por las prohibiciones y censuras de orden político o religioso que a veces sufre el saber científico. Tales prohibiciones y censuras suelen referirse, en efecto, a una determinada idea acerca de lo que el saber en cuestión significa en la totalidad de la vida humana. Bastará mencionar, a título de ejemplo, la cambiante actitud del DIAMAT soviético ante la teoría de la relatividad y de la curia romana ante Galileo.

interpretación han puesto en él? Yo creo que no. Si el saber no fuese real y verdaderamente poseído por una mente humana, la de su creador u otra cualquiera, no pasaría de ser letra muerta: sólo en cuanto poseído y transmitido por alguien llega a formar parte de la historia. Es preciso, por tanto, distinguir en él un *momento posesivo* y pensar acerca de la historicidad de éste.

Aprender un saber científico no equivale, sin más, a poseerlo; la retención memorativa de lo que se sabe puede no ser más que una tenencia meramente externa. Aproxímase el hombre a la posesión personal de lo que ha aprendido cuando de algún modo lo refiere a su vida; entendida según lo expuesto, la interpretación es ya un conato de posesión. Pero ésta sólo llega a ser efectiva a través de la vivencia en que más específicamente se patentiza la apropiación intelectual: la evidencia. Cuando ésta es realmente vivida revela, en efecto, que algo—aquello que se nos está mostrando evidente—es por nosotros intelectualmente poseído; lo cual sólo acontece cuando, según una profunda frase tópica, la verdad de lo que entendemos «se ha adueñado de nosotros». Sorprendente paradoja: en el campo de la actividad espiritual sólo siendo poseído puede poseer el hombre. La evidencia es la posesión actual de la verdad que nos posee; y quien frente a un saber científico cualquiera no haya sentido en toda su alma esta singular experiencia íntima—en toda su alma, no sólo en su mente—, no podrá decir con plena razón que ha llegado a entender lo que sabe (10).

Ahora bien, la evidencia del saber científico y de cualquier otro saber no tarda en mostrar, en cuanto a su alcance, una radical precariedad. En el instante en que se produce, plenifica. Pero pasado ese maravilloso instante plenificador, hácese en ella patente una doble y radical deficiencia: respecto del todo de lo real, porque su contenido no puede referirse más que a una parcela y un aspecto de ese todo; respecto del mañana, porque en relación con tal parcela y tal aspecto siempre serán posibles evidencias más hondas y satisfactorias, más «verdaderas». La evidencia más genial nunca pasa de ser un relámpago en la oscuridad o en la penumbra. Desde el punto de vista de la luz intelectual, ¿qué otra cosa sino oscuridad o penumbra es la vida cotidiana? La posesión del saber, inexorablemente precaria, se ve así forzada a llevar en su seno los dos sentimientos que la precariedad siempre suscita: una inconformidad más o menos resignada y humilde y una inquietud más o menos animosa y activa.

---

(10) El hecho de subrayar con energía lo que en el fenómeno de la evidencia es apropiación—esto es, lo que hace que «la evidencia» sea «mi evidencia»—, no supone desconocimiento o preterición de lo que acerca de él dijeron Brentano y Husserl.